

LA AUSENCIA IRREMPLAZABLE DE **BEINUSZ SZMUKLER**

Carlos María Romero Sosa

Como todos los años desde la recuperación de la democracia en la República Argentina, aquel 10 de diciembre de 1983, también este último 24 de marzo, al cumplirse 47 años del inicio de la última dictadura, hubo movilizaciones multitudinarias en su repudio dirigiéndose a la histórica Plaza de Mayo. Justamente hacia el sitio donde Joaquín Sabina o lo que ha de ser lo mismo, el protagonista de su canción “Con la frente marchita”, sin duda sumado entonces a una ronda de las Madres, gritó el nombre de la chica argentina que había conocido en El Rastro madrileño, vendiendo corazones de miga de pan, soldaditos de lata.

Pero esta vez faltó alguien a esas marchas, pese a tener en su agenda espiritual presente la cita conmemorativa de las víctimas sacrificadas a partir de la fecha infausta o incluso antes, cuando la parapolicial Triple A asesinaba militantes populares durante el gobierno constitucional de Isabel Martínez de Perón, de cuya derechización también fue responsable el delirio iconoclasta de la guerrilla de Montoneros y el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo).

Lo cierto es que no pocos de los manifestantes notamos la ausencia de Beinusz Szmukler, un prócer en la defensa de los Derechos Humanos, sobreviviente mayor en edad de la generación de aquellos que sufrieron en carne propia o en la de sus familiares directos la represión ilegal, aunque lo suyo estrictamente fue pura solidaridad, humanitarismo militante y empeño justiciero, ya que en lo personal no padeció esa tragedia y sí por su compromiso, amenazas de secuestro o de cárcel.

Van quedando ya pocos sobrevivientes de esa legión de los primeros defensores de la libertad y la vida, cuando era a riesgo de la propia presentar “Habeas Corpus”, o firmar declaraciones en los periódicos denunciando falsos enfrentamientos armados y desapariciones forzosas, llevadas a cabo las más de las veces con el agravante de la nocturnidad. “*Lo de ustedes no fue una guerra, sino una cacería*”, le manifestó al dictador Galtieri nada menos que Alexander Haig, en ocasión del conflicto bélico de Malvinas.

En tanto una parte considerable de la ciudadanía —y cabe hacer por ello un “mea culpa” colectivo— se encogía de hombros ante la tragedia de los desaparecidos, exculpando el terrorismo de Estado con la infame muletilla de “*por algo*

será”, mientras adornaba sus automóviles con calcomanías aclaratorias de que “*Los argentinos somos derechos y humanos*”. Entre no demasiadas personas y organismos más, denunciaban con valor la matanza Raúl Alfonsín, después Presidente de la Nación, Oscar Alende, Alfredo Bravo, Emilio Fermín Mignone, Horacio Sueldo, Augusto Conte Mac Donell, Guillermo Frugoni Rey, Ricardo Molinas, Enrique Broquen, Alicia Moreau de Justo, Gustavo Soler, el Rabino norteamericano Marshall Meyer, Monseñor Jaime de Nevaes, Monseñor Jorge Novak, el Obispo Metodista Monseñor Federico Pagura, el Pastor Juan Van der Velde —los cuatro últimos copresidentes del Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos—, Adolfo Pérez Esquivel, ganador en 1980 del Premio Nobel de la Paz, y ni qué hablar de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Beinusz Szmukler, abogado, docente universitario, fundador y presidente de la Asociación Americana de Juristas (Organización no gubernamental con estado consultivo ante la ONU), fallecido de un infarto cardíaco el 7 de febrero de 2023, a los 91 años, debe figurar por derecho propio en esa lista que honra la condición humana.

Al enterarme de su muerte redacté y envié a la *Revista Con Nuestra América*, de San José de Costa Rica, dirigida y editada por los hermanos intelectuales centroamericanos Rafael Cuevas Molina y Andrés Mora Ramírez, un artículo que titulé “Despedida que no es tal para Beinusz Szmukler”. Resumí allí algo de la rica biografía de quien había nacido en una familia judía de Kletsk, entonces pequeña población de Polonia en la frontera con la Unión Soviética, localidad asolada por los nazis en la Segunda Guerra y hoy en poder de Bielorrusia; lo que no fue óbice para convertirse más tarde en un defensor irrenunciable de la causa palestina.

Beinusz pertenecía a las últimas oleadas inmigratorias que llegaron desde Europa Oriental a la Argentina en los años treinta del pasado siglo. Después de la Guerra Civil Española lo harían muchos peninsulares exiliados o “*transterrados* (José Gaos dixit) y ya a fines de la centuria arribaron chinos y coreanos y se acrecentó el arribo de peruanos y dominicanos, además de un número cada vez mayor de emigrados de países limítrofes al nuestro. Una de sus preocupaciones era la condición de estos expatriados y la discriminación que solían y suelen padecer.

Si bien en su hogar se hablaba ídich, él aprendió pronto castellano. Completó su escuela primaria en un humilde barrio porteño. Se graduó como bachiller y luego se recibió de

abogado en la más liberal Universidad Nacional de La Plata, ya que por su militancia política en la Federación Juvenil Comunista se le cerraron las puertas de la conservadora Universidad de Buenos Aires. Eran en el país los tiempos de la Década Infame, cuando un juez condenaba a 25 años de prisión al obrero de la construcción Carlos Bonometti “por comunista”. Empero, ninguna represión institucional lo detuvo y ya graduado actuó en la Liga Argentina por los Derechos del Hombre fundada en 1937, al presente denominada Liga Argentina por los Derechos Humanos.

Como otro Silvio Pellico, hubiera podido narrar sus prisiones y en verdad debió testimoniar sobre ellas para no repetir parecidos errores desde el poder; varias sufridas a partir de 1945 en el contexto de la lamentable e inconducente para la liberación nacional incomprensión de la izquierda al naciente movimiento justicialista y de los resquemores de éste hacia la izquierda. Faltaban décadas todavía para el inicio en el país del diálogo entre católicos y marxistas, propiciado por el espíritu del Concilio Vaticano II. Empero, Beinusz Szmukler dejó pronto a un lado resentimientos personales y prejuicios ideológicos al comprender que era necesario unir las fuerzas populares sin caer en el “entrismo”, es decir, sin infiltración ni contrabandos doctrinarios. No subestimaba al pueblo peronista y respetaba su mística, que tantos seudo intelectuales y seudo “republicanos” llaman con desdén fanatismo ignorante. Se reía con ganas de las críticas que se hacían desde los medios concentrados al “populismo”, el nuevo caballito de batalla de las derechas neoliberales. Verdadero humanista podría repetir con Gramsci: “*Sin el hombre, ¿qué significaría la realidad del universo?*”

Era demasiado inteligente para negar de plano el misterio que conlleva lo existente, por lo que sospecho que más que ateo debió ser agnóstico. Lo concreto, lo verificable, era su respeto por las concepciones religiosas ajenas. No hablábamos de religión, aunque al conocer mi condición de católico practicante y mi socialismo cristiano, me contó su encuentro en Roma con el Papa Juan Pablo II durante un congreso mundial de juristas y por supuesto su simpatía por nuestro compatriota Francisco, su lectura admirativa de las encíclicas “Laudato Si” y “Fratelli Tutti”, así como su recelo de que sea asesinado por los ultraconservadores del Vaticano, que lo odian y desearán repetir lo que sin duda ocurrió con su antecesor Juan Pablo I, cuando quiso destapar ollas podridas.

En realidad desde el principio me resultó fácil ser su amigo. Me acerqué a él con cierto temor reverencial frente a la trayectoria del jurista, ex miembro del Consejo Nacional de la Magistratura y sobre todo icónico defensor de los Derechos Humanos, de todos ellos, también de los de tercera y cuarta generación. Coincidimos mucho y en cada encuentro descubría una nueva faceta de su extraordinaria personalidad, adornada por la veta jovial y hasta humorística.



Supe de su presencia en la embajada de Cuba para saludar al presidente Miguel Díaz-Canel, cuando éste vino a la Argentina con motivo de la cumbre de la CELAC celebrada en Buenos Aires a fines del último mes de enero. Precisamente Díaz-Canel expresó al enterarse de la muerte de Beinusz Szmukler: “Lo vimos en Buenos Aires, lúcido, afectuoso y alegre, a pesar de malestares; Cuba le agradecerá, eternamente, su firme posición al lado de la verdad, en defensa de los 5 y su solidaridad con la Revolución.” Supe igualmente que en otra siesta del tórrido verano porteño que padecemos, producto sin duda del cambio climático —que ha tropicalizado la ciudad de Garay, fenómeno que tanto le preocupaba—, participó de un acto contra la Corte Suprema de Justicia, poco afecta a impartirla con ecuanimidad y participe impulsora de los siniestros entramados del “lawfare”.

Aunque disciplinado a las férreas directivas del Partido Comunista Argentino al que perteneció, pienso que su natural bonhomía y generosidad de carácter lo deben haber ido alejando de los rigores estalinistas, aun antes de conocerse el tenor del “discurso secreto” de Nikita Jrushchov de 1956. Por de pronto se mostraba crítico de todo sectarismo, hasta imaginar alguna vez conmigo otra historia argentina si el sindicalista y líder de los obreros de la carne, José Peter, no se hubiera mostrado inmovible a la seducción del coronel Perón en 1943.

Eso sí, lo enervaba el actual arrecio del negacionismo y la reacción oligárquica y mediática porroteando con mendacidad trquera el número de los desaparecidos, a tono con el insensible discurso del ex presidente Mauricio Macri refiriéndose al “curro de los Derechos Humanos”. La benevolencia de Beinusz Szmukler tenía el límite claro de la defensa de la vida. Por eso, más que llorar su muerte exalto su constructivo paso por este mundo y le digo: ¡hasta la victoria, siempre! 🇲🇦

Carlos María Romero Sosa (Buenos Aires, 1951). Ensayista y crítico literario argentino, viene ejerciendo el periodismo cultural en su patria y otros países de América desde su primera juventud. Becado por el Instituto Argentino de Cultura Hispánica cursó estudios de posgrado de filología española en la Universidad Complutense de Madrid, entre los años 1979 y 1980. Es autor de veinte libros de poesía y prosa y de numerosos opúsculos. Ha pronunciado conferencias en la Argentina, España y la República Dominicana, a cuya Feria Internacional del Libro fue invitado en varias oportunidades por el gobierno de ese país. Es abogado y ejerce la docencia superior y universitaria, esta última como docente de Filosofía del Derecho.